



## **EN SUS BRAZOS O EN SU CORAZÓN**

**María, nuestra Buena Madre  
María, nuestra fuente de renovación**

**Hermano Seán D. Sammon, FMS  
Superior general**

---

**Instituto de los Hermanos Maristas  
Volumen XXXI, n° 5  
31 de mayo de 2009**



# EN SUS BRAZOS O EN SU CORAZÓN<sup>1</sup>

**María, nuestra Buena Madre;  
María, nuestra fuente de renovación**

**Hermano Seán D. Sammon, FMS**  
Superior general

---

**Instituto de los Hermanos Maristas**  
**Volume XXXI, n° 5**  
**31 de mayo de 2009**

---

<sup>1</sup> Ver la carta de 27 de mayo de 1838 dirigida a Monseñor Pompallier en *Cartas de Marcelino J.B. Champagnat (1789-1840) Fundador del Instituto de los Hermanos Maristas* Roma, Italia, Casa Generalizia dei Fratelli Maristi, 1985. Edición en castellano, Luis Vives, Zaragoza, 1996, 194, págs 427-429.

Seán D. Sammon SG  
*EN SUS BRAZOS*  
*O EN SU CORAZÓN*  
*María, nuestra Buena Madre;*  
*María, nuestra fuente de renovación*  
Circulares del Superior general  
de los Hermanos Maristas  
Volumen XXXI – n° 5  
31 de mayo de 2009

**Título del original inglés:**  
*IN HER ARMS or IN HER HEART:*  
*Mary, our Good Mother;*  
*Mary, our Source of Renewal*

**Traducción:**  
Hno. Carlos Martín Hinojar, FMS

**Editor:**  
Instituto de los Hermanos Maristas  
Casa general  
Roma, ITALIA

**Redacción y Administración:**  
Hermanos Maristas  
Piazzale Marcellino Champagnat, 2  
00144 Roma, ITALIA  
Tel. (39) 06 545171  
Fax. (39) 06 54517217  
publica@fms.it  
supgen@fms.it  
www.champagnat.org

**Maquetación y Fotelitos:**  
TIPOCROM S.R.L.  
Via A. Meucci, 28  
00012 Guidonia (Roma), ITALIA.

**Imprime:**  
C.S.C. GRAFICA, S.R.L.  
Via A. Meucci, 28  
00012 Guidonia (Roma), ITALIA.

**Fotografía:**  
Josep Roura, fms

## CONTENIDOS

---

... fragmento ..... 5

Introducción..... 7

### **1ª PARTE:**

María en la formación religiosa  
de Marcelino y en su vida de fe..... 23

### **2ª PARTE:**

María en nuestras vidas hoy..... 37

Conclusión ..... 53

Letanía marista a Nuestra Señora..... 55



... fragmento

---

En lugares insospechados, en momentos  
de esperanza debilitada, de desolación sentida,  
cuando pensaba que te habías ido lejos,  
de pronto me encuentro contigo.

A veces te llegas a mí  
y me pones frente al misterio, la pasión, la vida.  
Mi corazón, entonces, arde envuelto en llamas.

Adaptado de Catherine de Vinck  
*Tiempo de recoger*, 1974





## INTRODUCCIÓN

---

*31 de mayo de 2009*

Queridos hermanos,

**E**n la antesala que da paso al despacho del Superior general en la primera planta de la Casa general de Roma, hubo, durante años, un lote de cajas abiertas, apiladas allí en espera de destino. Aquellas cajas contenían figuras y cuadros de la Virgen María, en tal cantidad que no había espacio suficiente en las paredes para colocarlo todo en orden, formando una exposición armoniosa.

Más de una vez, cuando curioseaba entre estas imágenes de la Madre de Jesús, yo me planteaba esta cuestión: si ella viniese por aquí a pasar una tarde y viese esta colección, ¿sería capaz de reconocerse en medio de tanta representación artística o, más bien, se preguntaría por qué las cosas habían ido tan lejos?

¿Quién es esta mujer a quien la Iglesia primitiva conocía como Miriam de Nazaret? ¿Qué lugar ocupaba en la vida de Pedro, de Marta, de María, de Juan el discípulo amado y, siglos más tarde, de Marcelino Champagnat, que la nombró *Primera superiora*, y se refería a ella llamándola *Recurso ordi-*

nario y nuestra Buena Madre? Y, más importante aún, ¿quién es ella hoy para nosotros, miembros de un Instituto que lleva su nombre, ciudadanos del siglo XXI?

Según van pasando los años, cada vez son menos los hermanos y miembros del laicado marista, y por extensión los católicos en general, que recuerdan cómo eran los tiempos anteriores al Concilio Vaticano II. Los que aún nos acordamos, hemos sido testigos de que, a raíz de aquel acontecimiento eclesial, la persona de María ha perdido relieve en el corazón de muchos creyentes. Aunque sigue estando presente en la Iglesia de múltiples maneras, apenas es una sombra de lo que era antaño.

Hay que admitir, en todo caso, que esta erosión que se ha venido produciendo en lo que se refiere al conocimiento de la Virgen y a la honra que le ha de ser tributada, no ha sido universal. Por ejemplo, la devoción a la *Virgen del Pilar*, ensalzada como Madre de los pueblos hispánicos por el Papa Juan Pablo II, se mantiene pujante en la basílica que lleva su nombre, en Zaragoza (España)<sup>2</sup>. En este mismo sentido, año tras año, siguen acudiendo multitudes de peregrinos a los santuarios marianos de Lourdes (Francia), Fátima (Portugal), Knock (Irlanda) y en los últimos tiempos, también, a Medjugorje (Bosnia-Herzegovina).

En una altura que domina el puerto de Beirut se eleva la imagen de *Nuestra Señora del Líbano*, y allá suben constantemente numerosos visitantes cristianos y musulmanes. De modo semejante en Asia, en el continente africano, en Oceanía y en ambas Américas, los católicos continúan expresando su devoción a la Virgen María con una amplia variedad de formas.

Y, así como *Nuestra Señora de Guadalupe* ha sido declarada patrona de las Américas<sup>3</sup>, hay también otras advocaciones de María que gozan de la estima de los fieles latinoamericanos, por ejemplo *Nuestra Señora de Luján* (Argentina), *Nuestra Señora del Carmel del Maipú* (Chile), *Nuestra Señora de Caacupé* (Paraguay), *la Virgen de la Caridad del Cobre* (Cuba), y *Nuestra Señora Aparecida* (Brasil), por citar sólo algunas.

<sup>2</sup> [www.freebase.com/view/en/basilica\\_of\\_our\\_lady\\_of\\_the\\_pillar](http://www.freebase.com/view/en/basilica_of_our_lady_of_the_pillar)

<sup>3</sup> <http://cnsblog.wordpress.com/2008/12/11/our-lady-of-guadalupe-patroness-of-the-americas/>



En sus brazos o en su corazón  
H. Seán D. Sammon, SG

Según van pasando los años, cada vez son menos los hermanos y miembros del laicado marista, y por extensión los católicos en general, que recuerdan cómo eran los tiempos anteriores al Concilio Vaticano II.

No obstante, a pesar de todas estas muestras de veneración, hemos de reconocer honradamente que, en diversas partes del mundo, esa vivencia de la presencia espiritual de María en medio de nosotros se ha ido debilitando desde el momento mismo en que se clausuró el Concilio Vaticano II. Recordemos, a este respecto, cómo quedó interrumpida, a mediados de los años 60, la práctica de añadir la *Salve* al acabar la misa, del mismo modo que el tesoro del rosario duerme el sueño del olvido en muchos lugares, y ya no se rezan las tradicionales letanías compuestas en honor de la Virgen con tanta frecuencia como en tiempos pasados.

Esta situación también es motivo de preocupación dentro del Instituto. Ya en 1967, los miembros del XVI Capítulo general advirtieron que los profundos cambios que se habían producido en lo concerniente a la devoción mariana, a lo largo y ancho del mundo marista, estaban sembrando notable confusión entre los hermanos.<sup>4</sup>

Las Constituciones nos animan a contemplar “la vida de nuestra Madre y Modelo para impregnarnos de su espíritu”<sup>5</sup>. Sin embargo, vemos que ya desaparecieron de entre nosotros aquellas celebraciones familiares de las cinco grandes fiestas marianas, así como la recitación del *Oficio parvo de Nuestra Señora*. También se ha perdido en bastantes sitios la costumbre de señalar el sábado de manera especial como día de María, y no se da ningún realce a los meses de mayo y octubre, tradicionalmente considerados los meses marianos del año.

## UN EJEMPLO PERSONAL

Yo tuve la gran suerte de pertenecer a una de las pocas parroquias que dirigen los dominicos en New York, la de San Vicente Ferrer. La figura de María era bien visible en aquella iglesia. Había un altar dedicado a ella en la nave

---

<sup>4</sup> Ver el documento mariano “La Santísima Virgen en la vida del Hermano Marista”, en *Actas y documentos del XVI Capítulo general de los Hermanos Maristas de la Enseñanza*, Roma, Italia, Casa Generalizia dei Fratelli Maristi, 21 de noviembre de 1968. Edición castellana, Luis Vives, Zaragoza, España, 1971, págs. 215-257.

<sup>5</sup> C 4.

lateral izquierda; y otro, unos metros más allá, con una talla de la Virgen de Fátima. Cuando llegaba el mes de mayo se erigía otro altar especial en su honor, y un estudiante elegido era el encargado de poner la corona a la estatua.

Cuando pasamos a la secundaria, María siguió ocupando un lugar privilegiado en nuestras vidas. Rezábamos el rosario todos los días en clase con el hermano tutor del curso. Funcionaba la congregación mariana, y la imagen de la Virgen destacaba en todos los espacios del colegio.

A lo mejor no me vendría mal preguntarme: ¿estos recuerdos no serán, acaso, otra cosa que nostalgia, añoranza de prácticas de un tiempo pasado que, en su momento, tenían un sentido pero que son poco significativas para nosotros hoy? Yo creo que no. Aquella María de mi infancia y adolescencia era una persona importante y decisiva en mi vida. Reconozco, ciertamente, que había cosas que eran muy relevantes para mí a los ocho o nueve años de edad, o incluso a los quince, y que ya no me dicen lo mismo ahora. Pero yo quisiera seguir teniendo a esta extraordinaria mujer de fe presente en mi corazón, iluminando mi camino de adulto.

## **POR QUÉ UNA CIRCULAR SOBRE MARÍA**

La publicación de una circular sobre la Madre de Jesús no es ninguna novedad en la historia de nuestro Instituto. Prácticamente todos mis predecesores le dedicaron alguna de sus cartas principales, además de referirse a ella en numerosas ocasiones.

Recordemos, a tal efecto, la circular que escribió el hermano Basilio Rueda con el título de *María en nuestra vida*, que fue entregada justamente cuando se iba a inaugurar el XVII Capítulo general. Era un texto que constaba de dos partes: la primera consistía en una reflexión teológica sobre María, y la segunda recogía testimonios personales de muchos hermanos procedentes de todo el Instituto.

Los hermanos Charles Howard y Benito Arbués hicieron continuas alusiones a la Virgen en sus circulares y en las cartas que dirigieron a los hermanos y laicos maristas. Charles, consciente de la importancia que siempre tuvo en nuestra



*En sus brazos o en su corazón*  
H. Seán D. Sammon, SG

congregación el rezo del rosario, añadió a esta práctica de devoción cinco nuevos misterios, agrupados bajo el nombre de misterios de esperanza. También compuso una plegaria en honor de María, que sirvió de motivación a los miembros del Capítulo general de 2001.<sup>6</sup>

Benito nos animó a acudir a ella como “constante compañera”, especialmente en los momentos de prueba y dificultad. La circular que dirigió a los hermanos bajo el título de *Fidelidad a la misión en situaciones de crisis sociales*, concluía con las siguientes palabras:

“Cuando las Constituciones nos dicen que María, en sus actitudes de perfecta discípula de Cristo, inspira y configura nuestro ser y nuestro actuar (cf C 4), nos están pidiendo vivir en comunión con su espíritu. A María le pido para mí y para cada uno de mis hermanos maristas esa actitud de escucha atenta, de obediencia pronta, de generosidad, de compromiso sencillo con el pueblo, de confianza y fortaleza, de humildad y de serena alegría. En estos momentos uno se siente movido a reconocer con el padre Champagnat que *Ella lo ha hecho todo entre nosotros*”.<sup>7</sup>

Nuestros últimos Capítulos generales también se han hecho eco del papel primordial que ha desempeñado María en la historia del Instituto. Casi a continuación del Concilio Vaticano II, los hermanos que tomaron parte en el XVI Capítulo general (1967-1968) nos dejaron un documento mariano lleno de delicadeza y sólidamente fundamentado en la teología<sup>8</sup>. En él se resumía acertadamente, con un lenguaje claro y apremiante, la doctrina conciliar relativa a la Madre de Dios, y se nos retaba a los miembros del Instituto a imaginar de nuevo la presencia de María en nuestra vida y misión. Es un espléndido documento que todavía no hemos desarrollado en todo su contenido.

---

<sup>6</sup> [www.champagnat.org/shared/20Capitolo/Documentos/Howard/EN30102\\_Charles.doc](http://www.champagnat.org/shared/20Capitolo/Documentos/Howard/EN30102_Charles.doc)

<sup>7</sup> Ver Hermano Benito Arbués, *Fidelidad a la misión en situaciones de crisis sociales*, Roma, Italia, Casa Generalizia dei Fratelli Maristi, 3(2), 8 de mayo de 1998.

<sup>8</sup> Ver el documento mariano “La Santísima Virgen en la vida del Hermano Marista”, en *Actas y documentos del XVI Capítulo general de los Hermanos Maristas de la Enseñanza*, Roma, Italia, Casa Generalizia dei Fratelli Maristi, 21 de noviembre de 1968. Edición en castellano, Luis Vives, Zaragoza, España, 1971, págs 215-257.

Los Capítulos siguientes mantuvieron esa misma línea de reservar un amplio espacio a la Virgen María en el marco de sus reflexiones y deliberaciones, siendo el de 1985 un ejemplo transparente de esta costumbre, ya que fue entonces cuando los capitulares decidieron que el texto actual de nuestras *Constituciones y Estatutos* habría de incluir, en cada uno de sus capítulos, un artículo específico sobre María, junto con otras referencias a ella.

Con todo, todavía queda flotando en el aire la pregunta: ¿Por qué una circular sobre María, y por qué en este preciso momento?

En realidad, son varias las razones que justifican que yo escriba esta circular, y que lo haga precisamente ahora. De entrada, digamos que estamos en un tiempo oportuno para renovar y actualizar el lugar que siempre ha de tener nuestra Buena Madre en el Instituto.

Aunque entre los padres conciliares había opiniones divergentes sobre dónde situar exactamente la doctrina mariana, los años anteriores al Concilio Vaticano II, y los inmediatamente posteriores, fueron muy fructíferos en este terreno. Fue una época fecunda en la que surgieron nuevas ideas y formas innovadoras de entender la enseñanza tradicional de la Iglesia en torno la Madre de Cristo.

Lamentablemente, esta tendencia empezó a invertirse poco después. Disminuyeron las publicaciones sobre María, y sus imágenes ya no aparecían en muchos sitios donde antes se las veía.<sup>9</sup>

Ese estado de cosas forzosamente tenía que causar un impacto en la devoción mariana dentro de la Iglesia y en nuestra congregación. Bastantes de aquellas prácticas que eran habituales entre nosotros fueron quedándose a un lado. Algunos, que se encontraban cómodos con una visión de María basada en las Escrituras más que en la tradición<sup>10</sup>, acogieron gustosos estos cambios, entendiendo que se trataba de una renovación, necesaria y largamente

---

<sup>9</sup> Ibid.

<sup>10</sup> Para profundizar en esta cuestión véase Charlene Spretnak, *Missing Mary: the Queen of Heaven and her re-emergence in the modern Church*, New York, NY: Palgrave/Macmillan, 2004.



esperada, del papel que ella representaba en nuestra vida como cristianos y como maristas. Pero otros sintieron interiormente que las determinaciones del Concilio reducían, de manera muy notoria, el espacio de la Madre de Jesús dentro del plan redentor de Dios.

Posicionarse en uno u otro de estos frentes no contribuye a favorecer el diálogo sobre lo que ella significa para nosotros hoy. Porque, aunque nadie niega que María fue llamada a una vocación especial dentro de la historia de la salvación, no podemos olvidar que su cercanía a Dios realzaba su humanidad.<sup>11</sup> Ella, igual que nosotros, buscó y pasó incertidumbre. Tuvo su parte correspondiente de ansiedad, frustración y decepción. Como declara el teólogo Leonardo Boff, al hablar de la Inmaculada Concepción, “decir que María era inmaculada no supone afirmar que no se angustiaba, que no tenía necesidad de creer y esperar”.<sup>12</sup>

Santa Teresa de Lisieux estimaba que éste era el motivo por el que los fieles siempre han manifestado amor y han tributado honra a María. Y aseguraba que ella amaba a la Virgen no porque hubiera recibido privilegios excepcionales, sino porque vivió y sufrió como todos en la noche oscura de la fe.<sup>13</sup>

En estos momentos, cuando han pasado ya casi cinco décadas de la clausura del Concilio, se nos brinda la oportunidad de reflexionar sobre el lugar reservado a María entre nosotros y sobre la devoción con que le expresamos nuestro aprecio. Eso nos ayudará a comprender mejor las transformaciones que se han producido en esta dimensión fundamental de nuestra vida, a la vez que trazamos caminos para el futuro.

Por otro lado, al acoger a la Madre de Dios de una manera nueva en nuestros corazones profundizaremos en uno de los elementos significativos de la espiritualidad del fundador, que consiste en situar la humildad dentro del con-

---

<sup>11</sup> Para desarrollar esta idea véase Karl Rahner, *Foundations of Christian Faith: An Introduction to the Ideal of Christianity*. New York, NY: Seabury, 1976.

<sup>12</sup> Ver Leonardo Boff, *El rostro materno de Dios – Ensayo interdisciplinar sobre lo femenino y sus formas religiosas*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1979, p. 157.

<sup>13</sup> Citado en Elizabeth A. Johnson, *Dangerous Memories: A mosaic of Mary in Scripture*, New York, The Continuum International Publishing Company, Inc., 2004, p. 24.

texto de la relación con María. Cuando hablamos de humildad, solemos pensar en una virtud ascética; pero en los primeros tiempos de nuestra historia marista se asemejaba, más bien, a una actitud espiritual de abandono filial en los brazos de la Buena Madre, tanto por parte de los hermanos como del Instituto que lleva su nombre en su conjunto. Esta relación, abierta y confiada, está sintetizada en esa frase que nos resulta tan familiar: “Todo a Jesús por María”.

Marcelino daba mucha importancia a la humildad y quería que fuese uno de los rasgos distintivos de nuestro estilo de vida. Era la primera lección que enseñaba a los postulantes que llegaban. Y el primer libro que ponía en sus manos era *Le livre d'or*, un tratado sobre la humildad.

La vida de la Virgen María fue para él un continuo recordatorio de que la perfección no ha de buscarse en un abajamiento extravagante. María llegó a descubrir la gloria de Dios siendo, de manera natural, ella misma. Y siguiendo su ejemplo, Marcelino comprendió, con el paso de los años, que la auténtica humildad se hace patente cuando nosotros también acogemos a Dios en nuestro corazón. Es entonces cuando alcanzamos a vernos como realmente somos, criaturas que viven en presencia de su Creador.

Nuestro fundador, conocedor de sus limitaciones, viendo que su joven comunidad crecía con rapidez, puso en las manos de la Buena Madre todo aquel proyecto apostólico junto con sus miembros. Andando el tiempo, la virtud de la humildad vino a ser asociada con la sencillez, y finalmente el ramillete se completó con la flor de la modestia.

También nosotros hemos de contar con nuestras propias limitaciones a la hora de enfrentarnos a la tarea de la renovación. Ciertamente, podemos sentirnos orgullosos de haber hecho, con la gracia de Dios, un largo recorrido en nuestro caminar, pero debemos ser conscientes de que aún nos queda otro gran trecho por andar.

El empeño de preparar nuestro Instituto para un mundo nuevo se ha visto, a veces, obstaculizado por la tibieza en los compromisos, la excesiva preocupación por nosotros mismos, los celos ante la perspectiva de cambio. La actitud de María en la Anunciación ofrece un agu-



En sus brazos o en su corazón  
H. Seán D. Sammon, SG



do contraste con estas formas de pensar y obrar. Ella se comprometió con todo su corazón, abrió de par en par su espíritu al querer de Dios. Su disponibilidad ante el cambio de vida que se le presentaba es para nosotros un modelo que debemos imitar. De todos modos, no vayamos a pensar que, una vez que el ángel mensajero se marchó, las cosas quedaron claras para siempre. No; todavía quedaron dudas e interrogantes en el interior de la joven de Nazaret. ¿Acaso nuestra situación tiene que ser distinta?

Si acudimos a ella como guía y compañera en el camino de la renovación, no sólo nos beneficiaremos de su ayuda, sino que también nos sentiremos llamados a seguir su ejemplo de fe y apertura a la voluntad de Dios.

Pero no demos ese paso si no estamos dispuestos a asumir las consecuencias. Porque si manifestamos a María nuestro ferviente deseo de trabajar por conseguir la total renovación de nuestro Instituto, hay muchas probabilidades de que ella acepte nuestro ofrecimiento.

## **DEVOCIÓN**

Aunque los documentos de nuestro Instituto se suelen inspirar en las corrientes actuales de la teología mariana, con frecuencia sucede que nos vemos algo perdidos cuando se nos pide que hablemos de la Virgen María o expliquemos cómo nos relacionamos con ella. A veces, también, nos aferramos a devociones que pertenecen a otro período de nuestra historia, por temor a que no haya nada que las reemplace. Lo que nosotros necesitamos hoy es redescubrir a la Madre del Señor a la luz de todo lo que hemos aprendido sobre ella desde el Concilio Vaticano II, procurando desarrollar nuestra devoción de acuerdo con esas enseñanzas.

María no fue un personaje secundario en el misterio de la salvación, y sin embargo, en cierto modo, hemos llegado a tratarla como si lo fuera. En estos momentos disponemos de medios para reservarle un espacio nuevo en nuestras vidas personales, en la Iglesia y en el Instituto. Como antes he señalado, los estudios bíblicos actualizados, junto con el

pensamiento teológico en torno a María, dieron mucho fruto en el tiempo previo al Concilio y en los años que le siguieron. Ahora entendemos con más claridad el relato de Lucas sobre la Anunciación, el mensaje contenido en las narraciones de la infancia de Jesús, el relieve que da Juan al papel que tuvo ella en el primer signo de Caná, o su presencia en Pentecostés en medio de los discípulos, tal como consta en los *Hechos de los Apóstoles*.<sup>14</sup>

También hemos avanzado mucho en el estudio de los orígenes y fines de nuestro Instituto, y nos hemos adentrado en la naturaleza de la espiritualidad marista hasta tocar sus raíces. Ha habido, y sigue habiendo entre nosotros, un trabajo continuo de investigación, orientado a obtener una visión más amplia y detallada de la época en que vivió el fundador, y a ahondar en su experiencia personal de Jesús y María. Esto ha contribuido a que se nos abran nuevas ventanas de conocimiento y comprensión de nuestra propia historia.<sup>15</sup>

Con todos estos recursos, y otros que tenemos al alcance de la mano, estamos ahora en condiciones de poder apreciar con más hondura la relación de Marcelino con María, a la vez que volvemos a soñar esa relación, situándola en el contexto del siglo XXI. Así podremos testimoniar que ella es para nosotros la misma fuente de inspiración y hermana en la fe que fue para nuestro fundador, la mujer en la que él depositó toda su confianza a la hora de dar nacimiento a nuestro Instituto y su misión.

Por otro lado, tampoco debemos andar con recelos ante algunas formas de devoción mariana que llevan mucho tiempo consolidadas en la Iglesia, y que podemos adaptar a

<sup>14</sup> Ver Raymond E. Brown, Karl P. Donfried, Joseph A. Fitzmyer y John Reumann (editores), *Mary in the New Testament*, Ramsey, NJ, Paulist, 1978.

<sup>15</sup> Es obligado mencionar la labor que llevó a cabo el H. Paul Sester recopilando las cartas y otros escritos del Padre Champagnat, con comentarios añadidos; los cursos sobre Patrimonio marista desarrollados en 1993 y 2008; los trabajos del H. Aureliano Brambila en el CEPAM de México; los ensayos del H. André Lanfrey; la organización de un archivo permanente en Roma; la investigación constante de los Hnos. Gabriel Michel, Alain Delorme y Alexandre Balko; sin olvidar la encomiable dedicación de distintos traductores. Todo ello ha contribuido a que tengamos en estos momentos un nivel de conocimiento que no existía hace cincuenta años. En este mismo sentido, el documento *Agua de la roca*, publicado en 2007, facilitó a un gran número de personas el acceso a la espiritualidad apostólica marista.



En sus brazos o en su corazón  
H. Sebastián D. Sammon, SG

nuestros estilos de hoy. Son ejercicios que han servido de gran ayuda a los fieles durante siglos y, debidamente actualizados, pueden continuar haciéndolo en el futuro.

Pero nos perderemos de nuevo si nos centramos únicamente en recuperar las prácticas del pasado, olvidándonos de ver en María, sobre todo, a la perfecta discípula del Señor. Tenemos que ser muy cuidadosos para que ella no se nos convierta en un mero símbolo o icono.<sup>16</sup>

Los padres conciliares nos presentaron a la Bienaventurada Virgen María como modelo de discipulado y de vida cristiana, y pusieron de relieve la función que ella desempeña en la historia de la salvación. Más tarde, Pablo VI la invocó como Madre de la Iglesia y nos exhortó a seguir su ejemplo.<sup>17</sup> Señalaba el Papa que María tuvo la prudencia de interpelar con humildad al mensajero de Dios; pero, una vez que terminó ese proceso, su respuesta a la invitación que le transmitía el enviado, fue clara e inequívoca.<sup>18</sup>

Las observaciones de Pablo VI eran algo más que una explicación “a pie de calle” del relato de la Anunciación. En realidad, lo que el Papa hacía era ofrecernos el regalo de una forma de entender a María, y su relación con Dios, que puede ayudarnos a asumir el reto de la renovación que tiene ante sí nuestro Instituto hoy. No se me ocurre mejor actitud, para acometer esa tarea, que la que ella manifestó cuando el ángel vino a verla a Nazaret.

He aquí una mujer con fuerza suficiente para plantear algunas preguntas sobre lo que se le estaba pidiendo, a la vez que se mostraba abierta y disponible para abrazar finalmente la palabra de Dios. Mientras otros esperaban a un Mesías que vendría como rey conquistador, ella fue capaz de reconocer al Siervo sufriente que llegó en su lugar.

Ésta es una lección muy valiosa para nosotros. Cuando comenzamos el camino de la renovación, muchos nos parecíamos a los judíos que aguardaban a un líder salvador

---

<sup>16</sup> Ver Rea McDonnell, SSND, *Into the Heart of María*, Notre Dame, IN: Ave Maria Press, 2009.

<sup>17</sup> [http://www.vatican.va/archive/hist\\_councils/ii\\_vatican\\_council/documents/vat-ii\\_const\\_19641121\\_lumen-gentium\\_en.html](http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_en.html).

<sup>18</sup> [http://www.vatican.va/holy\\_father/paul\\_vi/apost\\_exhortations/documents/hf\\_p-vi\\_exh\\_19740202\\_Marialis-cultus\\_en.html](http://www.vatican.va/holy_father/paul_vi/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19740202_Marialis-cultus_en.html)

que les iba a proporcionar días de esplendor. Y nos pasó lo mismo que a ellos; no estábamos preparados para lo que vino después, esto es, disminución en número, envejecimiento, escándalos incluso, en todo este período que ha transcurrido desde que acabó el Concilio hasta hoy.

Hay dos cosas importantes que hemos aprendido a lo largo de estos años. Una; que nosotros estamos llamados a ser fieles, no triunfadores. Dos; para que se obre una auténtica renovación se necesita un verdadero cambio de corazón, por parte de la congregación en general, y de cada uno de sus miembros personalmente.

## MARÍA Y LA RENOVACIÓN

Nosotros, como Instituto, nos encontramos ahora mismo en la raya de la puerta. Tal vez estemos indecisos, pensando si seguir adelante o volvernos atrás; pero hay una cosa bien segura: no podemos quedarnos quietos donde estamos. Quizá nos seduzca la tentación de movernos hacia atrás. Es posible que a veces nos ronde en la cabeza la idea de que un retorno a los estilos del pasado es una solución viable. A fin de cuentas, nos resultan familiares y funcionaron bien en un determinado momento de nuestra historia.

Sin embargo, elegir esa opción sería traicionar el sueño de Marcelino Champagnat. Él tuvo que hacer frente a retos no menos formidables que los que hoy se nos presentan a nosotros. Su fe, confianza en María, sencillez y tenacidad le permitieron superarlos todos, uno tras otro.

Cuando la revolución de 1830 hizo que se encontraran las relaciones entre la Iglesia y el Estado en Francia, nuestro fundador demostró mucha serenidad en medio de las tensiones. Para pedir la protección especial de María durante aquel tiempo azaroso de inestabilidad política y social, introdujo la práctica de rezar la *Salve Regina* en la primera oración comunitaria de la jornada, costumbre que se ha mantenido hasta nuestros días.

Imitando su ejemplo, y con ayuda de la gracia de Dios, también nuestros hermanos supieron responder con audacia e ingenio ante la adversidad cuando, en 1903, las



En sus brazos o en su corazón  
H. Seán D. Sammon, SG

Cuando llegó el momento culminante, la Palabra de Dios se manifestó, no en los núcleos del poder y el dinero, sino en las periferias, en medio de los humildes.

leyes hostiles del gobierno francés pusieron en peligro la propia supervivencia del Instituto. Siguiendo los pasos de Marcelino, con la misma fe y confianza en la Buena Madre, dando prueba de humildad y determinación, acertaron a salir adelante en medio de las vicisitudes.

¿Qué dirán las futuras generaciones de nosotros? ¿Dirán que hicimos todo lo posible para estar en condiciones de afrontar otro siglo de evangelización de los niños y jóvenes pobres? ¿Dirán que, a pesar de vivir en un mundo agitado, sometido a profundas transformaciones, fuimos capaces de poner a un lado nuestras necesidades y, llenos de fe y celo por la *Buena Noticia*, supimos traer esperanza a los que venían detrás de nosotros? ¿O quizá se verán obligados a decir que fallamos en esas dos misiones?

El desafío, por tanto, es claro: ¿tenemos, como Marcelino, la valentía suficiente para encomendar todo el proceso de renovación a María, aceptando las consecuencias que se deriven de esa decisión?

Hermanos, ha llegado la hora de comprometernos nuevamente en la tarea de renovar nuestra vida y misión. Eso nos exigirá mucho espíritu de sacrificio, y voluntad de cambio. Habrá que añadir, además, un corazón generoso y fe en el futuro de nuestro proyecto. ¿Y qué decimos de los que demuestran escaso interés en sumarse a esta labor? Pues, que estén dispuestos, al menos, a no poner obstáculos a los que son conscientes de que hay que ponerse en marcha sin más dilación.

Dentro del proceso de renovación hay dos objetivos que debemos abordar con urgencia. Uno: llegar a entender y apreciar más plenamente la naturaleza apostólica de nuestro Instituto. Y dos: dejar ya de pensar en la acción y la contemplación como enemigos que compiten por nuestro tiempo y dedicación, empezando a verlos como lo que realmente son, esto es, aliados, amigos, elementos esenciales de la *Buena Noticia* de Jesús.

Desdichadamente, todavía hay algunos que siguen viendo la vida religiosa dentro de un ámbito de referencia marcadamente monástico. Por eso, las preguntas que ahora debemos plantearnos son las siguientes: ¿Estamos dispuestos a abrirnos a una forma de vida consagrada ver-

daderamente apostólica, y a dejarla crecer libre de las ataduras del pasado? ¿Podemos ponernos de acuerdo en que el celo apostólico sea una de sus principales características? ¿Qué pasos hemos de dar para alcanzar un resultado positivo en estos aspectos a que me estoy refiriendo?

Más de uno, entre nosotros, ha tenido a gala afirmar que los hermanos de Marcelino somos mejores trabajando que rezando. En cierta medida, esa suposición está basada en conceptos erróneos que se siguen manteniendo sobre la naturaleza de la contemplación, y que se remontan a los albores del siglo XVII. De ahí nos vienen los miedos a adoptar este estilo de oración como rasgo fundamental de nuestras vidas.

¿Seremos capaces de admitir abiertamente que la oración de la Iglesia es la contemplación? ¿Dejaremos ya de decir que la unión con los otros se realiza mediante la virtud de la compasión, en tanto que la unión con Dios se alcanza a través de la contemplación? ¿No será mejor reconocer, de una vez por todas, que tanto la una como la otra tienen como fin la unión con Dios y los demás?

Al compartir con vosotros las reflexiones de esta circular, no pretendo ofreceros un discurso inclusivo sobre María y el Instituto. Sólo aspiro a lograr dos modestos objetivos. Primero; ayudarnos mutuamente a profundizar en la relación que tuvo el fundador con la Virgen María, para que también nuestra relación con ella ocupe un lugar preferente en nuestras vidas. Marcelino la invocaba llamándola Buena Madre, pero en realidad se relacionaba con ella como si fuera una verdadera compañera de camino con quien poder hablar confidencialmente a cada paso. ¿Cómo podemos nosotros, hermanos, conseguir que María sea para nosotros la misma persona que era para él?

El segundo fin que me propongo es que lleguemos a aceptar a la Madre del Señor como auténtica fuente de renovación para el Instituto hoy, y actuemos de forma que continúe siéndolo también en los años venideros. Ella estuvo al lado de Marcelino en los primeros días de la vida marista; ella estuvo al lado de nuestros hermanos durante la crisis de 1903; y, con sólo pedírselo, ella estará a nuestro lado en estos momentos, como guía y compañera, ayudán-



*En sus brazos o en su corazón*  
H. Seán D. Sammon, SG

donos a realizar ese viaje que nos llevará al futuro.

María es, y será siempre, merecedora de toda honra porque escuchó la palabra de Dios y la llevó a la práctica. Al poner en sus manos el reto de la renovación, nosotros nos comprometemos a obrar de la misma manera.

Ella, como nosotros, nació en un momento concreto dentro del devenir de los tiempos, tuvo su casa en un determinado lugar, y su vida transcurrió en medio de unas particulares circunstancias políticas, religiosas y económicas. ¿Qué conocimiento tenemos del mundo en que vivió María, de la realidad de su existencia cotidiana? ¿En qué medida contribuyeron esos factores a modelar su conciencia, su visión del mundo? Más aún, ¿cómo influyó todo ello en su disposición a aceptar lo que Dios le tenía preparado? He ahí algunas preguntas que podríamos aplicarnos a nosotros mismos.

Carente de instrucción, sencilla e indefensa, joven prometida y vecina de una oscura aldea en un país ocupado, María se encontró de pronto con el enviado de Dios. Eso nos ayuda a entender mejor el mensaje de su *Magnificat*, porque ella anunciaba, a todo el que quisiera escuchar, que Dios, su Salvador, venía a liberar de la opresión a los desheredados de esta tierra. Desde entonces hasta nuestros días, en esto, precisamente, ha consistido el gran escándalo del cristianismo, en que cuando llegó el momento culminante, la palabra de Dios se manifestó, no en los núcleos del poder y el dinero, sino en las periferias, en medio de los humildes.

Así que yo os invito, ahora que vamos a entrar en la parte central de la circular, a peregrinar conmigo en busca de aquella María que Marcelino conocía y amaba. En este recorrido que vamos a efectuar juntos, contemplaremos su vida con los ojos de la historia y los ojos de la fe, viendo en ella a una mujer pobre entre los pobres de Yahveh, primer modelo de la Iglesia, dechado de actitudes cristianas.<sup>19</sup>

---

<sup>19</sup> Ver el documento mariano “La Santísima Virgen en la vida del Hermano Marista”, en *Actas y documentos del XVI Capítulo general de los Hermanos Maristas de la Enseñanza*, Roma, Italia, Casa Generalizia dei Fratelli Maristi, 21 de noviembre de 1968. Edición castellana, Luis Vives, Zaragoza, España, 1971, págs. 215-257.

Por último, trataremos de dar los pasos necesarios para que ella tenga siempre un espacio privilegiado en nuestros corazones, pidiéndole que nos guíe por la senda que conduce a la renovación. Entonces María sí que será para nosotros, como lo fue para el fundador, no sólo nuestra Buena Madre y Recurso ordinario, sino también manantial de fuerza y consuelo, una persona en la que hemos depositado toda nuestra confianza, nuestra hermana en la fe.

## PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

*Aquí, y a lo largo de todo el texto, encontrarás algunas preguntas que pueden ayudarte a reflexionar en torno a los temas suscitados en esta circular. Sírvelte de ellas, si te resultan de utilidad. Si dispones de otros medios más efectivos, no dudes en emplearlos.*

1. Dedicar un tiempo a recordar cuál es tu historia personal con María. ¿Cuándo empezó tu relación con ella, y cómo se ha ido desarrollando? ¿Ha habido momentos en que su presencia supuso un verdadero cambio en tu vida de fe, en tu vocación religiosa, en la imagen que tenías de ti mismo como hermano de Marcelino?
2. Tómame la libertad de soñar la renovación de nuestro Instituto. ¿Cuál es el mayor reto de tu Provincia en lo que se refiere a ese proceso? ¿Qué puedes hacer tú, personalmente, para darle respuesta?



## 1ª PARTE

# María en la formación religiosa de Marcelino y en su vida de fe

Cuando se acercaba el final de su vida, el fundador dio su bendición a nuestros primeros hermanos y les dijo estas palabras: “Que una tierna y filial devoción a nuestra Buena Madre os anime en todo tiempo y circunstancia”<sup>20</sup>. La relación de Marcelino con María fue creciendo según pasaban los años, si bien ella tuvo desde siempre una presencia activa en la misión y espiritualidad de nuestro fundador, que estaba acostumbrado a acudir a la Virgen con la misma espontaneidad con que un niño acude a su madre.

Luego analizaremos con más detalle esa relación, intentando buscar sus raíces. Antes, permitidme que ponga a vuestra consideración algunos puntos.

Primero; Marcelino detestaba todo fingimiento y vanidad. Podemos suponer, por tanto, que él llevaba a su

---

<sup>20</sup> Ver José Benito Marcelino Champagnat, “Testamento espiritual”, en *Constituciones y Estatutos de los Hermanos Maristas de la Enseñanza*, Roma, Italia, Casa Generalizia dei Fratelli Maristi, 8 de diciembre de 1986. Edición castellana, Luis Vives, Zaragoza, España, 1987, p. 160 [8]

trato con María el mismo estilo sencillo y directo que tanto le caracterizaba en otras ocasiones.

Segundo; abierto al pensamiento religioso de su tiempo, el fundador tenía la convicción de que la Virgen María era su intercesora ante Dios. Las palabras del *Acordaos* y el *Sub tuum* estaban a menudo en su corazón y en sus labios. En sus reflexiones sobre la Buena Madre siempre aparecía alguna apelación a su clemencia y misericordia.

Tercero; es opinión común que la época en que vivió Marcelino fue una auténtica edad de oro para los devotos de la Virgen. Aquella edad, influenciada por el ideario racional de la Ilustración, había tenido su origen con el nacimiento de la mariología<sup>21</sup> en el siglo XVII, y sus ecos perdurarían hasta poco después de concluirse el Concilio Vaticano II. María era honrada con privilegios de todo tipo como madre del Señor.<sup>22</sup> Florecieron nuevas formas de piedad, y se crearon fiestas y títulos en su honor.

Aún así, tampoco faltaron problemas entonces. Una oleada de mentalidad antimística se fue adentrando en la Iglesia a fines del siglo XVII, y no se detuvo hasta comienzos del siglo XIX. Hay un tratadista de la espiritualidad que se refiere a aquel fenómeno calificándolo de “ocaso del misticismo”.<sup>23</sup>

Empezó a extenderse el pensamiento de que la santidad sólo podía alcanzarse a través de la oración y las prácticas ascéticas, en tanto que la contemplación quedaba reservada para unos pocos elegidos de Dios. Esta visión de la vida espiritual, que inspiraba más heroicos que santos, más estoicos que cristianos,<sup>24</sup> forzosamente tenía que producir desaliento entre los fieles. Tristemente, también se convirtió en el fundamento sobre el que se idearon diversos planes de formación religiosa, e incluso hoy se advierte su influencia en algunos de nosotros.

<sup>21</sup> Se atribuye este término a Nicholas Nigido, que lo utilizó en su tratado titulado *Summa sacrae Mariologiae*, escrito en 1602.

<sup>22</sup> Ver Elizabeth A. Johnson, *Truly our Sister: A Theology of María in the Communion of Saints*, New York, Continuum International Publishing Group, 2006.

<sup>23</sup> Ver André Lanfrey, FMS, “Ensayo sobre los orígenes de la espiritualidad”, en *Cuadernos maristas*, 18(XIII), junio de 2002, p. 19.

<sup>24</sup> *Ibid.*, págs. 19-20.



En sus brazos o en su corazón  
H. Seán D. Sammon, SG

Empezó a extenderse el pensamiento de que la santidad sólo podía alcanzarse a través de la oración y las prácticas ascéticas.

Éste era el mundo en el que nació nuestro fundador. El concepto de *espiritualidad*, por poner un ejemplo, sólo empezó a ser usado corrientemente en lengua francesa a finales del siglo XIX, años después de la muerte de Marcelino.<sup>25</sup> Términos tales como *santidad* y *perfección* resultaban más familiares para el fundador y el hermano que escribió su biografía.

Éstos y otros elementos contribuyeron a modelar la fe de Marcelino Champagnat, y determinaron el estilo de sus prácticas religiosas durante todo el itinerario de su vida. Pero él tuvo la inmensa fortuna de contar con guías excepcionales en su camino. Entre ellos, y en primer lugar, María de Nazaret, la Madre del Señor.

## LOS PRIMEROS AÑOS

Hechas estas consideraciones, preguntémonos: ¿cómo empezó la relación del fundador con María y qué factores ayudaron a darle el desarrollo que tuvo? No cabe duda de que él amaba a la Virgen, pero ¿qué es lo que le llevó a confiar en ella de esa manera? ¿Por qué manifestó tanta devoción por ella y animó a los demás a que hicieran lo propio? ¿Qué razones le movieron para nombrarla nuestra Primera Superiora y acudir a ella llamándola *Recurso Ordinario* y *nuestra Buena Madre*?

El amor que sentía el fundador por María tiene su origen en distintos protagonistas y circunstancias. En los años de su infancia, el ejemplo y dirección de su madre María Teresa, junto con su tía Luisa, religiosa de las Hermanas de San José, fueron determinantes para él; las dos tuvieron mucho que ver en el despertar de su vida espiritual.

María Teresa enseñó a su hijo a rezar, mientras Luisa se encargaba de instruirle en las verdades de la religión. Probablemente, la madre fue la primera artífice de aquel sano equilibrio entre oración y trabajo apostólico que

---

<sup>25</sup> Ibid., p. 19.

acompañó siempre a Marcelino. Ambas mujeres transmitieron al niño las prácticas de piedad y la tradición espiritual de la región montañosa en que vivían.<sup>26</sup>

Por otro lado, nuestro fundador creció en el entorno de Marilhes, comarca de fe profunda, que tenía por patrón a San Juan Francisco Regis, a cuyo santuario solían acudir en peregrinación los paisanos. La vida de este santo cautivó al joven Marcelino e influyó en su formación personal. El hermano Francisco nos cuenta que el fundador conservó esta devoción hasta la muerte, y añade el detalle de que San Juan Francisco Regis es nuestro segundo patrón.<sup>27</sup>

Vivir en el territorio mariano donde dejaron su huella los obispos Potino e Ireneo contribuyó, aún más, a incrementar la devoción de Marcelino a María, lo mismo que los tratados de mariología escritos por Olier y Griñón de Montfort. El padre Olier, fundador de los Sulpicianos, fue para él un modelo en sus años de seminarista. Olier consideraba a “la Santísima Virgen como la inspiración, la verdadera superiora y el apoyo del seminario de San Sulpicio”<sup>28</sup>, y llegó hasta a atribuirle a ella la idea de levantar aquella casa.<sup>29</sup>

No podemos por menos de establecer una relación entre la expresión “obra de María”, que utiliza Olier al referirse al seminario, y la posterior aplicación de ese mismo término que hace Marcelino al hablar de la construcción del Hermitage y de todo el ideal marista en general. Nuestro fundador estaba convencido de que ella era la mentora que había detrás de la Sociedad de María. En una carta dirigida al hermano Hilarión, fechada el 18 de marzo de 1838, escribe estas palabras: “Digamos a María que ésta es mucho más obra suya que nuestra”<sup>30</sup>. Marcelino se

<sup>26</sup> Para obtener más información ver Antoine Forissier, *For a Marian Church: Marist Founders and Foundresses*, Roma, Italia, Padres Maristas, 1992, págs. 47 y ss.

<sup>27</sup> Ver Paul Sester, FMS, “Documentos: El hermano Francisco evoca al padre Champagnat”, *Cuadernos maristas*, 18(8), junio de 2002, p. 81.

<sup>28</sup> Citado en Paul Sester, FMS, “María en la vida de Marcelino Champagnat”, *Cuadernos maristas*, enero de 1996, n° 8, p. 30.

<sup>29</sup> *Ibid.*

<sup>30</sup> Ver Paul Sester, *Cartas de Marcelino J. B. Champagnat*, Roma, Italia, Casa Generalizia dei Fratelli Maristi, 1985. Edición en castellano, Luis Vives, Zaragoza, 1996, 181, págs 404-405.



María Teresa enseñó a su hijo a rezar, mientras Luisa se encargaba de instruirle en las verdades de la religión.

veía a sí mismo como alguien que secundaba los planes de María, no como impulsor de un proyecto propio.

Esta certeza de ser un instrumento del que se había valido la Virgen María para realizar su obra se remonta a los orígenes mismos de la Sociedad, y estaba muy arraigada en el corazón del fundador. Difícilmente podía pensar de otro modo, ya que los acontecimientos de su vida le habían persuadido de que todo se lo debía a la Madre de Dios.

Marcelino creía firmemente que era ella quien había remediado la primera crisis vocacional del Instituto, enviándole ocho postulantes que llamaron a su puerta después de muchas oraciones y novenas.

Estaba convencido de que era ella quien había hecho que la construcción de la casa del Hermitage concluyera sin percances ni daños personales en aquellos albañiles aficionados, y sin retrasos en el calendario por falta de dinero.

Él no dudó ni por un momento que era la Virgen María quien les había salvado, a él y al hermano Estanislao, la noche en que quedaron atrapados en el temporal de nieve y vieron cómo sus fuerzas se desvanecían rápidamente.

Marcelino estaba seguro, también, de que ella había conjurado el peligro en que se vio sumido su naciente Instituto, cuando los responsables de la Archidiócesis amenazaron con suprimirlo.

Al ir mencionando estos hechos, no quiero dar la impresión de que María fuera para el fundador una especie de *Deus ex machina*, alguien a quien pedir auxilio en tiempo de crisis. Él, más bien, veía todas esas situaciones como signos del continuo cuidado y protección de la Buena Madre.

Esa misma actitud mantenía con respecto a la Sociedad de María, cuya fundación le había sido inspirada al padre Courveille en la basílica de *Nuestra Señora del Puy*. Marcelino contemplaba su desarrollo, así como el crecimiento paralelo de sus propios hermanos, con el corazón maravillado.

En los años del seminario mayor, Champagnat siempre andaba presionando a sus compañeros para que aceptaran la idea de añadir a la futura Sociedad una rama de hermanos educadores. Ellos terminaron por decirle que se hiciera cargo él mismo de aquel proyecto, dejando el

asunto a sus propias expensas. Como ya hemos afirmado repetidamente, su confianza en María era absoluta. Así que encomendó toda esta empresa con sus miembros, empezando por sí mismo, a la Buena Madre, feliz de servir como un instrumento en sus manos. Era lo que cabía esperar, ya que, en la espiritualidad de Marcelino, la virtud de la humildad y la devoción filial a María estaban estrechamente unidas.

## LA EXPERIENCIA DEL SEMINARIO Y LOS PRIMEROS AÑOS DE VIDA SACERDOTAL

La relación de nuestro fundador con Dios, que se fue haciendo más profunda año tras año, estuvo marcada por un proceso de conversión permanente. Su espiritualidad se fue depurando con el transcurso del tiempo. Aquella madurez que manifestaba al final de su vida era debida a la gracia de Dios y a sus propios esfuerzos. Para que no nos parezca un ejemplo lejano e inimitable, recordemos que el joven Marcelino tenía que cuidar mucho la disciplina personal en su búsqueda espiritual, luchando por conseguirla con la ayuda de un cuidadoso plan de oración y sacrificio que se trazaba para el período de vacaciones cuando era seminarista, y que siguió utilizando durante su primera experiencia apostólica como coadjutor en La Valla.

Más tarde, se valió de una serie de reglas para guiar su estilo de vida, que le ayudaron a controlar su conducta y alcanzar la serenidad de espíritu. De todos modos, el sentido común y recto criterio, que eran característicos en él, le sirvieron para mantenerse siempre por encima del legalismo y la rigidez que tanto marcaron la teología moral que se enseñaba en los seminarios franceses a principios del siglo XIX.

Sabemos ya que Marcelino, desde su niñez, se impregnó de la rica vida de fe que distinguía a las diócesis de Lyon y el Puy, incluido el aspecto de la devoción a la Virgen María. Cuando entró en el seminario, añadió las prácticas de sus profesores sulpicianos a las que ya había adoptado previamente.



*En sus brazos o en su corazón*  
H. Seán D. Sammon, SG

En aquella casa había costumbre de comenzar cada uno de los ejercicios invocando el nombre de Nuestra Señora, y de acabarlos con la oración del *Sub tuum*. Se rezaba el rosario diariamente, se celebraban las fiestas de María con gran solemnidad, el mes de Mayo estaba consagrado a ella de manera especial.

Las novenas tuvieron un papel destacado en el camino de perfección de Marcelino, y él personalmente invitaba a los demás a servirse de ellas con asiduidad. La frecuencia con que las hacía y las recomendaba atestigua su fervor, así como su preocupación por las gentes sencillas de su tiempo. Él era muy consciente de que las fórmulas simples y fáciles de recordar eran las que más ayudaban a sus paisanos.

Finalmente, el fundador llegó a un punto en el que su vida espiritual estaba sólidamente construida sobre el fundamento del amor a Dios y a los demás. Él era un hombre sociable, que amaba a sus feligreses y disfrutaba conversando un rato con ellos. Siempre se mostraba dispuesto a escucharles. Si ése era el caso en sus relaciones humanas, ¿por qué no iba ser igual tratándose de Jesús y María? Según crecía en santidad, fue tomando conciencia de que cada persona que encontraba en su camino era una imagen del Salvador resucitado, a quien había llegado a conocer y amar en tanta medida.

Marcelino adquirió el hábito de acudir a la Buena Madre en toda ocasión y lugar, y encarecía a sus hermanos que hicieran lo propio. Así encontrarían la paz interior, satisfechos de saber que contribuían a realizar la obra y los planes de María.

El hermano Francisco nos dice que el amor que tenía el fundador a la Virgen era visible, también, en su veneración a los santos. Ya conocemos la gran admiración que sentía por Ignacio de Loyola y cuán a menudo alargaba aquella máxima del santo que decía “Todo a mayor gloria de Dios”, añadiendo a continuación “y honra de María, Madre del Señor”.<sup>31</sup>

---

<sup>31</sup> Ver H. Paul Sester, FMS, “El hermano Francisco evoca al padre Champagnat” en *Cuadernos maristas*, 18(XIII), junio de 2002, págs. 81-81.

Antes hemos indicado que Marcelino animaba a nuestros primeros hermanos, como lo hubiera hecho hoy con nosotros, a imitarle en su devoción a la Madre de Cristo. Tenemos un dato revelador: ella, junto con su hijo, aparece mencionada en sus cartas ochenta y siete veces, de las cuales, setenta y nueve corresponden a circulares dirigidas a todos los hermanos.<sup>32</sup>

Veamos un ejemplo. Con fecha de 4 de febrero de 1831, el fundador escribía a los hermanos Antonio y Gonzaga lo siguiente: “Interesen a María en su favor, díganle que, después de haber hecho ustedes todo lo posible, ella será la responsable si sus cosas no van bien”.<sup>33</sup> Él tenía una fe absoluta en la intercesión de María; una vez que los que recurrían a ella habían hecho todo lo humanamente posible, era ella quien tenía que responder para que las cosas salieran adelante.

Marcelino quería que sus hermanos colocaran un cuadro o una estatua de la Virgen en las dependencias comunitarias, y les animaba a llevar siempre consigo algo que les recordase su presencia. Posteriormente, introdujo la práctica de ofrecer las llaves de la casa a la Primera Superiora, así como la de guardar los nombres de los hermanos que salían destinados a sus lugares de apostolado en el corazón de metal que pendía de la imagen conocida como *Nuestra Señora del Hermitage*. “Ella es la que manda –decía-, es nuestra patrona y protectora”.<sup>34</sup>

También les exhortaba a acoger a María como madre. En ella tenían que ver un modelo a seguir y una persona a la que acudir con confianza de niño. En el momento de la Anunciación, la joven María dio su respuesta a Dios con entrega y sencillez. El fundador quería que nosotros fuéramos igual de generosos al pronunciar nuestro “sí”. En la regla de 1837, incluyó una oración especial: “Abandono en las manos de la Santísima Madre de Dios”.<sup>35</sup>

<sup>32</sup> Ver “Información,” *Cuadernos maristas*, n° 8, enero de 1996, p. 3.

<sup>33</sup> Ver *Cartas*, 20, p. 87.

<sup>34</sup> Ver Paul Sester, *Cartas de Marcelino J. B. Champagnat*, Roma, Italia, Casa general de los Hermanos Maristas, 1985. Edición en castellano, Luis Vives, Zaragoza, 1996, 23, p. 93.

<sup>35</sup> Ver *Regla* de 1837.



En sus brazos o en su corazón  
H. Seán D. Sammon, SG



Marcelino  
sabía que  
había sido  
llamado  
a servir a los  
humildes y  
desfavorecidos,  
y a esa misión  
dedicó su vida.

*Buena Madre* es la expresión que Marcelino utilizaba con mayor frecuencia para referirse a María. Catorce veces la escribe en sus cartas, siempre precedida del adjetivo “nuestra”, nunca con el artículo “la”. Su relación con la Virgen era auténtica e íntima, no formal y distante. El fundador se refiere a ella como la mujer que nos cuida y protege, a la que tenemos que recurrir en nuestras necesidades<sup>36</sup>. También invitaba a sus hermanos a tomar “un pequeño descanso bajo los cuidados de María, nuestra gentil madre”.<sup>37</sup>

Con esta misma actitud, Marcelino solía encomendar a sus bienhechores al cuidado de la Buena Madre, dejando que fuera ella quien les recompensara por su magnanimidad. Cuando el padre Mazellier abrió sus puertas a fin de que algunos de nuestros primeros hermanos se preparasen, junto con los candidatos de su propia congregación, para obtener sus certificados de docencia, el fundador le dio las gracias con estas palabras: “María, nuestra Buena Madre, no dejará que este servicio que está usted haciendo a sus hijos quede sin recompensa”.<sup>38</sup>

## MARÍA Y LOS POBRES

Marcelino sabía que había sido llamado a servir a los humildes y desfavorecidos, y a esa misión dedicó su vida. Jamás perdió el contacto con esa realidad, que asumió como suya. Con el respeto debido a cada persona individualmente, él enseñaba a todos a reconocer su propia valía.

En esto, también, María de Nazaret, que era pobre de espíritu y de hecho, fue para nuestro fundador modelo y fuente de inspiración. Ella, como miembro de los *anawim*, grupo que muchos consideraban que estaba compuesto por la gente que aún quedaba del “resto fiel” de Israel, tenía una confianza ilimitada en Dios, y se abandonaba en Él completamente.

<sup>36</sup> Ver H. Jean Roche, FMS, “María, nuestra Buena Madre, según las cartas de Marcelino Champagnat”, *Cuadernos maristas*, n° 2, junio de 1991, págs. 53-60.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 57.

<sup>38</sup> *Ibid.*

Jesús, en su sermón de la montaña, enumera las virtudes de los *anawim*: misericordia, mansedumbre, limpieza de corazón, búsqueda de la paz, sed de justicia. Igualmente, las palabras del *Magnificat* de María nos dan alguna luz sobre la espiritualidad de aquellos hombres y mujeres. En el relato de Lucas no aparece por ningún lado esa doncella tímida y soñadora que han imaginado tantos artistas. Por el contrario, nos encontramos con una joven firme, entusiasta y audaz, que nos habla de reinos hundidos y de poderosos de este mundo derribados de sus tronos, de la fuerza de Dios y el desvalimiento de los hombres.<sup>39</sup>

Sería bueno, en este momento, que interrumpiéramos la lectura unos instantes para preguntarnos: ¿están presentes en nuestra vida esas virtudes recogidas en las Bienaventuranzas? ¿Sentimos vibrar en nuestro interior el espíritu del *Magnificat*? Puede que, a veces, expresemos con los labios nuestra creencia en que la llegada de Jesús transformó este mundo para siempre. Pero, con harta frecuencia, actuamos de manera que no convenceríamos a nadie de que la presencia del Señor, en el tiempo y en la historia, produjera alguna transformación sustancial.

Si nos tomásemos en serio las palabras del cántico de María, un cántico que prácticamente rezamos todos los días, seríamos mucho más osados a la hora de abrazar el mensaje evangélico. Porque esas palabras nos invitan a efectuar un cambio fundamental, un cambio en lo más hondo del corazón y no en las apariencias externas.

## MARÍA COMO MEDIADORA

En sintonía con la mariología de su tiempo, Marcelino veía igualmente a la Madre de Cristo como mediadora. Ella era el medio por el cual la humanidad pecadora emprendía el camino de retorno a Dios. Este acercamiento a la persona de María dominó el pensamiento

<sup>39</sup> Ver Elizabeth A. Johnson, *Dangerous Memories: A mosaic of Mary in Scripture*, New York, NY: The Continuum International Publishing Company, Inc., 2004, págs. 100-122.



En sus brazos o en su corazón  
H. Seán D. Sammon, SG

de la Iglesia a lo largo de todo el segundo milenio.

Si nos remontamos a los orígenes de esta doctrina, llegaremos a la época en que los teólogos medievales comenzaron a describir a Jesús resucitado como un ser lejano a los fieles. Por aquellos tiempos, la Iglesia empezó a adquirir un tono jurídico cada vez más severo, instaurando un entero sistema de castigos, algunos ciertamente duros. Situados frente a un Dios distante, por un lado, y las condenas rigurosas de la Iglesia, por otro, y siendo muy conscientes de que la condición humana tiende hacia el pecado, muchos de los creyentes no dudaron en acogerse al amparo de María.

En ella se unía el poder del cielo con un corazón maternal. Ella se pondría siempre del lado del pecador. La circunstancia de que fuera también la Madre del que había de juzgar a los hombres, no escapaba a la atención de los que imploraban su auxilio. Este modo de pensar siguió evolucionando hasta el punto de que María pasó a ser contemplada como la mediadora entre Cristo y su Iglesia.

Dicho esto, volvamos a la relación de Marcelino con María, que fue una continua experiencia de maduración. Él tenía una confianza total en su protección. A menudo recordaba a sus hermanos: “Sin María no somos nada, y con María lo tenemos todo, porque María tiene a su adorable hijo o en sus brazos o en su corazón”.<sup>40</sup>

No se advierte la menor señal de incomodidad en el trato de Marcelino con la Madre de Jesús. Cuanto más acude a ella, más cerca la siente como una persona viva. Al final, su devoción a María se fue construyendo sobre la base de una espontánea relación mutua. Ella se convirtió en su verdadera confidente.

## **CRISTOCÉNTRICA Y MARIANA**

Pero la espiritualidad del fundador estaba centrada en el misterio de la encarnación. Aunque él aludía una y otra vez

---

<sup>40</sup> Ver Paul Sester, *Cartas de Marcelino J. B. Champagnat*, Roma, Italia, Casa Generalizia dei Fratelli Maristi, 1985. Edición en castellano, Luis Vives, Zaragoza, 1996, 194, p. 428.

a la íntima relación que existía entre Jesús y María, el destino final de su itinerario de fe era Jesús, y no María.<sup>41</sup> Marcelino experimentaba la cercanía del Señor, y su actitud de abandono en Él no hizo sino crecer a lo largo de su vida.

El hermano Francisco da una definición de esta actitud en su instrucción titulada *Espíritu filial para con Dios*: “El espíritu filial es también abandono de sí en las manos de Dios [...] que nos hace ir a Dios con la misma libertad, la misma espontaneidad que un niño querido”. Nuestro fundador acostumbraba citar las palabras del salmo 126: “Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles”.

Esta espiritualidad cristocéntrica de Marcelino se refleja abundantemente en su correspondencia epistolar. En abril de 1839 escribía al hermano Marie-Laurent: “Su carta, mi querido amigo, me mueve a una gran compasión. Desde que la recibí, no subo nunca al santo altar sin encomendarlo a Aquel en quien no se espera en vano, que puede hacernos superar los mayores obstáculos”.<sup>42</sup>

Con frecuencia completaba su firma en las cartas con esta frase característica: “Le dejo en los Sagrados Corazones de Jesús y María”. Y le gustaba añadir: “Son lugares excelentes; qué bueno es estar allí”. Sus charlas nutrían la vinculación de nuestros primeros hermanos a Cristo a través del Pesebre, la Cruz y el Altar. Él les animaba a acudir a estos remansos para reflexionar y orar.

Marcelino abrazó plenamente la *Buena Noticia* de Jesús. El Señor y María, su primera discípula, fueron los compañeros constantes del fundador. Descubrió el gozo del evangelio, y se dejó transformar por su mensaje.

El padre Champagnat quería compartir lo que había visto y oído con todos los que encontraba en su camino,

<sup>41</sup> Cfr. Seán D Sammon, FMS, *Un corazón sin fronteras – Vida y misión de San Marcelino Champagnat*, Roma, Italia, Casa Generalizia dei Fratelli Maristi, 1999.

<sup>42</sup> Ver Paul Sester, *Cartas de Marcelino J. B. Champagnat*, Roma, Italia, Casa Generalizia dei Fratelli Maristi, 1985. Edición en castellano, Luis Vives, Zaragoza, España, 1996, 249, p. 521.



En sus brazos o en su corazón  
H. Seán D. Sammon, SG

especialmente con los niños y jóvenes pobres. “Dar a conocer a Jesucristo y hacerlo amar, ése es el fin de vuestra vocación”<sup>43</sup>, repetía una y otra vez. Y también “Para educar bien a los niños es preciso amarlos...”<sup>44</sup> Sin pretenderlo, con estas pocas palabras, estaba pintando su propio retrato y haciendo el recuento de su vida.

## PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

*He aquí, de nuevo, algunas preguntas que pueden ayudarte a reflexionar sobre lo que has leído en el texto.*

1. ¿Qué aspectos de la relación de Marcelino con la Virgen María te cautivan más? ¿Qué rasgos de esa relación te resultan menos familiares? Señala qué es lo que te hace reaccionar favorablemente a algunas manifestaciones de esa relación, y no tanto a otras.

2. Dedicar unos momentos a identificar las personas y acontecimientos que, para bien o para mal, han influido en tu vida a la hora de construir tu relación con la Madre de Jesús. ¿De qué manera han contribuido esos factores a hacer de esa relación lo que es en estos momentos?

---

<sup>43</sup> Juan Bautista, *Vida de José Benito Marcelino Champagnat*, Roma, Casa Generalizia dei Fratelli Maristi, 1989. Edición castellana del Bicentenario, Luis Vives, Zaragoza, España, 1990, p. 341.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 550.



## 2ª PARTE

### María en nuestras vidas hoy

---

La edad de oro de María, a la que antes hemos aludido, y que comenzó a discurrir durante el siglo XVII, alcanzó su culmen en la primera mitad del siglo XX. Como muestra de este notable vigor, recordemos que entre los años 1835 y 1935 hubo una gran floración de grupos al estilo de la Legión de María, la Iglesia declaró dos dogmas marianos, el Papa León XIII escribió once de sus cuarenta y dos encíclicas sobre la Madre de Dios, y surgieron sesenta y cinco congregaciones en honor de la Santísima Virgen.<sup>45</sup>

Pero, según se acercaba el tiempo del Concilio Vaticano II, empezaron a salir a la superficie algunas discrepancias en torno a la mariología, un campo en el que siempre había reinado la unidad doctrinal. Finalmente, se produjo una ruptura entre los que querían seguir edificando sobre lo que ya se había construido hasta entonces, y los que abogaban por un retorno a la primera teología cristiana, con una visión de María más centrada en el evangelio, como mejor

---

<sup>45</sup> Ver René Laurentin, *Queen of Heaven: A short treatise on Marian Theology*, London: Burns, Oates & Washbourne, 1956.

medio de renovar la doctrina mariana y las distintas formas de devoción que se daban en la Iglesia. Especial interés suscitaron los tratadistas católicos que sostenían que la salvación procede, abundantemente, de Dios a través de Jesucristo, y nos sigue alcanzando también a nosotros ahora mediante la fuerza del Espíritu.

El teólogo jesuita Karl Rahner veía en María la plena realización de este misterio y argumentaba que la gracia, más que su maternidad, era el fundamento sobre el que había que levantar todo el cuerpo de la mariología. Dios nos otorga a cada uno el regalo de la gracia, que justifica y perdona. María, que es la auténtica “llena de gracia”, no escapa a esta regla. Nosotros aspiramos a convertirnos en lo que ella ya es, a saber, una persona que acoge la palabra de Dios en su corazón y la pone en práctica.

Cuando dieron comienzo las sesiones del Concilio Vaticano II, pronto aparecieron dos corrientes sobre la Virgen María: la *crístotípica* y la *eclesiotípica*. La primera hacía hincapié en las glorias y títulos que adornan a Nuestra Señora, describiéndola como insigne depositaria de privilegios paralelos a los de Cristo. La segunda contemplaba a María como receptora de gracia y miembro preeminente de la comunidad de la Iglesia.

Las diferencias de criterio que se produjeron entre ambos grupos<sup>46</sup> condujeron a uno de los conflictos más enconados y cargados de emoción del Concilio. Una cuestión los separaba diametralmente: ¿era necesario integrar la doctrina de María en el documento sobre la Iglesia, o había que elaborar un texto independiente para ella?

El asunto se dirimió el día 29 de octubre de 1963, y la votación que se realizó a tal efecto fue la más apretada del Concilio. La moción favorable a la primera propuesta salió adelante por un estrecho margen de 40 votos, de un número de 2.188 padres allí reunidos. El resultado fue

<sup>46</sup> Aquellos que podríamos situar “bajo el paraguas” *crístotípico* querían que el Concilio declarase el dogma de María mediadora de todas las gracias, en tanto que el grupo *eclesiotípico* deseaba reconducir la doctrina de la Iglesia sobre la Madre de Dios por los caminos del evangelio.



En sus brazos o en su corazón  
H. Seán D. Sammon, SG



Dios escogió a María para que desempeñara un papel único en la historia de la salvación, otorgándole las gracias necesarias para cumplir esa tarea.

acogido con estupor y silencio, mientras quedaba flotando una pregunta en aquel ambiente enrarecido: ¿cómo podía la Madre de nuestro Señor Jesucristo haberse convertido en la causa de semejante división?<sup>47</sup>

Al final se llegó a un acuerdo de compromiso, y María encontró un espacio propio en la *Constitución dogmática sobre la Iglesia*, en el capítulo VIII, titulado “La Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia”. En él aparece María como miembro excelso de la Iglesia, mujer llena de fe, peregrina en la tierra y ahora partícipe en la gloria con Dios, que ocupa un lugar especial dentro de la comunión de los santos.

Pero en un corto período de tiempo, comenzaron a producirse dos fenómenos infaustos e inesperados. Por un lado, a pesar de las llamadas del Concilio en sentido contrario, muchas de las maneras de honrar a María, habituales entre los fieles hasta aquellos momentos, empezaron a desaparecer de la escena paulatinamente.

Por otro, aunque los padres conciliares esperaban que las nuevas enseñanzas sobre la Madre de Jesús habrían de ser bien acogidas por todos, hubo mariólogos que continuaron teorizando y escribiendo con un tono que poco tenía que ver con los documentos del Concilio.

## EL XVI CAPÍTULO GENERAL

Los miembros de nuestro XVI Capítulo general expresaron su satisfacción ante los horizontes doctrinales que el Concilio había abierto en torno a María. Sin presentar un cuerpo teológico completo, el Concilio había arrojado luz sobre el papel de la Madre de Dios en el misterio de la salvación.<sup>48</sup> Los hermanos capitulares señalaban que la Iglesia

<sup>47</sup> Ver Elizabeth A. Johnson, *Truly our Sister*, págs. 114-134.

<sup>48</sup> Documento mariano “La Santísima Virgen en la vida del Hermano Marista”, en *Actas y documentos del XVI Capítulo general de los Hermanos Maristas de la Enseñanza*, Roma, Italia, Casa Generalizia dei Fratelli Maristi, 21 de noviembre de 1968. Edición castellana, Luis Vives, Zaragoza, España, 1971, cap. III, p. 225.

había reservado a la Virgen María un espacio único y relevante, como primera elegida del Señor. Y nos exhortaban a seguir los pasos de esta mujer excepcional para vivir de acuerdo con el evangelio.

Nuestras *Constituciones* insisten en esos mismos puntos, reiterando que la mejor manera de manifestar devoción a la Virgen es imitar sus actitudes para con Dios y los demás. El artículo 4 lo recoge con estas palabras:

El padre Champagnat quiso darnos el nombre de María para que viviéramos de su espíritu. Convencido de que ella lo ha hecho todo entre nosotros, la llamaba Recurso Ordinario y Primera Superiora.

Contemplamos la vida de nuestra Madre y modelo, para impregnarnos de su espíritu. Sus actitudes de discípula perfecta de Cristo inspiran y configuran nuestro ser y nuestro actuar.

Dios entregó su hijo al mundo por medio de María. Por eso, nosotros queremos hacerla conocer y amar como camino para ir a Jesús. Actualizamos así nuestro lema:  
*Todo a Jesús por María, todo a María para Jesús.*<sup>49</sup>

En este mismo texto de las *Constituciones y Estatutos*, aprobado en el XVIII Capítulo general, se nos anima a seguir celebrando las fiestas de María, especialmente la Asunción, a estudiar la doctrina mariana de la Iglesia, y a honrar a nuestra Buena Madre todos los días con el rezo del rosario u otra práctica piadosa.<sup>50</sup>

---

<sup>49</sup> C. 4.  
<sup>50</sup> C. 74.



Dice Pablo VI:  
“Ella es digna  
de imitación  
porque  
fue la primera  
y más perfecta  
discípula  
de Cristo”.

## LA APORTACIÓN DE PABLO VI

El Papa Pablo VI, viendo los avatares que había sufrido la devoción a María en los años posteriores al Concilio, hizo una llamada a la Iglesia a través de la exhortación apostólica *Marialis Cultus*<sup>51</sup>, invitando a los fieles a ser creativos en sus formas de piedad, adaptándolas a los nuevos tiempos. Para ello, el Papa proponía las siguientes líneas directrices:

1. La veneración de María ha de estar claramente vinculada a las Escrituras, es decir, debe situarse dentro del mensaje de la salvación.
2. Las prácticas de piedad en honor de la Madre de Dios han de estar en armonía con la liturgia sin confundirse con ella, partiendo de la Eucaristía y conduciendo a la Eucaristía.
3. Los actos que se celebren para honrar a María deben reflejar sensibilidad hacia las inquietudes del movimiento ecuménico, con una inequívoca centralidad en Cristo.
4. La devoción mariana ha de tener en cuenta las adquisiciones de las ciencias humanas y las concepciones antropológicas de nuestra época.

En la misma exhortación, Pablo VI presenta a la Virgen María como una mujer fuerte e inteligente, que experimentó la pobreza y el dolor, que tuvo que huir precipadamente de su casa y vivió en el exilio, pero no dudó en dar su consentimiento activo y responsable a la llamada de Dios. Una mujer que supo tomar decisiones valientes y contribuyó a fortalecer la fe de los demás.

El Papa nos invita a seguir el ejemplo de María de Nazaret que, inspirada por la caridad, acogió las palabras del mensajero celestial, “adhiriéndose con total responsabilidad a la voluntad de Dios”.<sup>52</sup>

<sup>51</sup> [http://www.vatican.va/holy\\_father/paul\\_vi/apost\\_exhortations/documents/hf\\_p-vi\\_exh\\_19740202\\_Marianis-cultus\\_en.html](http://www.vatican.va/holy_father/paul_vi/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19740202_Marianis-cultus_en.html).

<sup>52</sup> Ibid.

## IMITAR A MARÍA

Hermanos, si queremos tener a María como modelo, ¿por qué no seguimos los consejos del Papa y de los miembros del XVI Capítulo general, y tratamos de imitarla, acogiendo en nuestro corazón sus virtudes?

No estaría mal que comencemos por preguntarnos si estamos en disposición de demostrar claramente, en estos momentos, que continuamos siendo un Instituto mariano. Y al hablar de demostración clara no me refiero a señalar una serie de oraciones marianas, sino más bien a dejar patente que nuestro amor hacia esta mujer de fe está fuera de toda duda, y se manifiesta de forma tan visible como sucedía con nuestro padre fundador.

Ciertamente, nadie tendrá el menor atisbo de duda de que somos miembros de un Instituto mariano, digno de llevar ese nombre, si nuestra propia fe y nuestra condición de discípulos de Jesús son un calco del modelo de María. ¿Pero qué pasa si este elemento, o cualquiera de los otros que acabamos de mencionar, está ausente de nuestras vidas? Entonces habrá que responder a esta pregunta: ¿qué estamos dispuestos a hacer para remediar la situación?

El fundador hablaba del Hermitage diciendo que era la obra de María. Aquella era la casa de nuestra Buena Madre. ¿Lo sigue siendo ahora? ¿Es realmente un santuario, un lugar de peregrinación que nos lleva a la Madre del Señor? ¿O ya sólo vemos allí el edificio que levantó Marcelino con ayuda de los hermanos?

¿Hay en nuestra vida cotidiana signos de la presencia continua de María? ¿Se perciben esos signos en nuestra persona, en nuestra oración, en nuestras relaciones con los demás? ¿Realmente influye la Virgen María en nuestro estilo de evangelizar? ¿Se refleja en nosotros su espíritu de apertura, su generosidad de corazón? ¿Nos mostramos, como ella, dispuestos a que la palabra de Dios trastorne los planes que nos hemos hecho y nos descoloque por completo?



*En sus brazos o en su corazón*  
H. Seán D. Sammon, SG

## NUESTRO FUNDADOR Y LA RENOVACIÓN

Como hermanos de Marcelino, nos acordamos siempre de María porque ella nunca se olvida de nosotros. Si a nosotros se nos escapa el recuerdo de que somos hijos de Dios, ella nos ayuda a tener presente cuál es nuestra verdadera identidad.

Ése era el ideal que movió a nuestro fundador a abrazar sin titubeos la tarea que le había sido encomendada. Era la obra de María la que estaba llevando a cabo, no la suya.

Ahora nos toca a nosotros tener esa misma confianza para poner, de nuevo, la vida y misión de nuestro Instituto en las manos de la Buena Madre. Si estamos dispuestos a actuar de ese modo, ella nos mostrará el camino para seguir adelante. Eso es lo que hizo con Marcelino, ¿por qué no iba a hacer lo mismo con nosotros?

Estoy seguro de que María, antes de nada, nos ayudaría a revisar unos cuantos aspectos de nuestra vida, a fin de verlos con otros ojos. El de nuestra identidad apostólica no sería el menor de ellos, desde luego. Nosotros estamos llamados a ser portadores de la palabra de Dios, hombres para quienes el celo apostólico es un rasgo fundamental.

María fue la primera misionera, la primera anunciadora del evangelio, la primera discípula que llevó la *Buena Noticia* de Jesús a los demás. Y lo hizo, sencillamente, llevando al Señor dentro de sí. Ella nos recuerda que la misión no consiste tanto en lanzar un mensaje a través de las palabras, cuanto en ponerse en camino hacia otra persona llevando a Jesús en el corazón.<sup>53</sup>

Esta idea de misión, tan visible en la vida del hermano Henri Vergès, fue la que inspiró el proyecto *ad gentes*, orientado hacia las tierras de Asia, que hemos venido desarrollando en estos últimos años. Henri, que perdió su vida a manos de unos extremistas cuando vivía en Argelia en medio de las gentes que amaba, repetía una y otra vez que,

---

<sup>53</sup> Ver George Pitcher, “El sermón del arzobispo en Lourdes”, recogido de Telegram Media en *Marist Newsletter: Marist Brothers of the Province of Melbourne*, 40(4), mayo de 2009, págs. 16-17.

a pesar de las diferencias que puedan existir entre nosotros y aquellos a quienes esperamos evangelizar, trabajar con un sentido de misión basado en la presencia y el testimonio fomenta el respeto mutuo y la admiración; y de ahí, a menudo, surge una auténtica amistad. “Llega un momento –decía– en que el Espíritu hace latir nuestros corazones al unísono”.<sup>54</sup>



## RELIGIOSOS APOSTÓLICOS

Marcelino quería que fuéramos religiosos apostólicos al estilo de María. ¿Qué significa esto, exactamente? En los textos bíblicos, vemos cómo la Madre de Jesús pregunta, va detrás de su hijo, da indicaciones y viaja. Realmente viaja mucho. María se pone en camino y “acude presurosa” a visitar a su prima Isabel, hace la peregrinación definitiva a Jerusalén, y en Pentecostés forma parte de la comunidad creyente a la que el Espíritu de Dios inspira vida para enviarla a la misión. La historia de María de Nazaret se caracteriza por el movimiento, es un trayecto vital que recorre pasando de un momento significativo a otro.<sup>55</sup>

Esa perspectiva de cambio es esencial para todo el que forme parte de un Instituto apostólico que lleva su nombre. Desdichadamente, algunos de entre nosotros se asemejan más a los miembros de las órdenes contemplativas, que se comprometen para siempre en un monasterio concreto. Ése no es nuestro estilo; a nosotros nos corresponde ser itinerantes, nos toca desplazarnos a aquellos lugares donde la evangelización es más urgente.

María, que era mujer del campo, salió de los límites de su aldea para ir a dar a luz al “Dios con nosotros”, y para ser testigo de su muerte salvadora. Nosotros también estamos llamados a acudir a aquellos entornos donde la Iglesia no está, llevando la Buena Noticia de Dios a los niños y jóvenes desfavorecidos. Si hemos perdido esa capacidad, es

<sup>54</sup> Citado en Alain Delorme, *Orar quince días con Henri Vergès, religioso marista mártir en Argelia*, Roma, Italia, Casa Generalizia dei Fratelli Maristi, 2008, p. 53.

<sup>55</sup> Ver Deirdre Cornell, “Nuestra madre y abogada – Los múltiples viajes de María de Nazaret”, en *America*, 200(16), 13 de mayo de 2009, págs. 15-17.

En sus brazos o en su corazón  
H. Seán D. Sammon, SG

preciso que la recobremos y la devolvamos a su debido sitio en nuestras vidas.

María nos ofrece, incluso, otros motivos para entender por qué es importante que preservemos el carácter itinerante de nuestra misión. Basta con que nos fijemos en cómo es acogida su persona en las diversas culturas de la cristiandad, sin ser contenida plenamente por ninguna. A la Madre de Dios se la venera de múltiples formas, pero ella nunca queda encerrada en los confines de un determinado contexto geográfico.

El fenómeno actual de las migraciones, que se produce en tantas partes del mundo, está transformando el horizonte de las regiones y nacionalidades, introduciendo en ellas el multiculturalismo y una internacionalidad mucho más acusada que en tiempos anteriores. ¿De verdad estamos dispuestos a aprender lo que nos enseñan otras culturas, acogiendo sus usos y costumbres en nuestros ambientes y en nuestros estilos de vida? ¿Mostramos tolerancia cuando vemos el mosaico de diferencias que hay entre los pueblos que habitan nuestro planeta?

Es triste decirlo, pero con frecuencia abrigamos la secreta esperanza de que, finalmente, sean “los otros” los que abandonen sus creencias y prácticas de toda la vida, para acabar adoptando nuestros valores, que tenemos en tan alta estima. Recuerdo, con harta amargura, a un hermano joven, miembro de una cultura minoritaria en su Provincia, que dejó el Instituto al cabo de pocos años porque se sentía fuera de lugar. Al marchar, me dijo: “Lo que más pena me dio no fue que mis hermanos apenas conocieran mi cultura, sino el poco interés que tenían en saber algo de ella”.

Hoy, más que nunca, tenemos que atender este aspecto de la naturaleza internacional de nuestro Instituto, desde los años de la formación inicial, con el fin de fomentar la integración de las diversas culturas y costumbres que se dan entre nosotros y en el mundo entero. El establecimiento de los noviciados internacionales, en las regiones maristas, es un buen paso en esa dirección.

En esa misma línea, cuando tengamos organizados los escolasticados en cuatro o cinco regiones del Instituto, con un

sólido programa de formación de post-noviciado en su primera fase, mezclando hermanos de distintos países en cada uno de ellos, empezaremos a crear una red internacional entre nuestros miembros jóvenes y una nueva generación de evangelizadores cuyo horizonte es el mundo. Habrá que abordar el reto de los idiomas, pero para la gran parte de nuestros hermanos jóvenes eso no supone mayor problema.



## EL DESAFÍO DE LA RENOVACIÓN

María es también para nosotros un modelo a seguir en nuestro empeño de renovación del Instituto. Y tiene motivos para serlo, ya que ella vivió en propia carne la experiencia del cambio y la transformación. A ella le tocó desplazarse de la visión de Jesús como hijo a la de Jesús como Señor y Salvador, moverse del papel de madre al de discípula, mudarse del mundo familiar del judaísmo al mundo más complejo del cristianismo judaico.

Pero es muy posible que, a pesar de todo lo que estamos hablando sobre el abandono en Dios y la confianza en la protección de María, bastantes de entre nosotros se muestren reacios a la hora de demostrarlo con la práctica. Nos sentimos mucho más cómodos cuando llevamos el timón de los acontecimientos, viéndonos en plenitud de facultades, cosechando triunfos por derecho propio. Sí; más de uno se ha convencido a sí mismo de que, echándole ingenio a las cosas y trabajando intensamente, no hay nada que escape a nuestras posibilidades.

Pero a mí me parece que, desde que se puso en marcha todo el proceso de renovación, el resultado que Dios quería ha sido muy distinto del que nosotros nos imaginábamos. Porque cuando esperábamos crecer en número, lo que nos llegó en muchos casos fue la disminución; cuando creíamos que íbamos a alcanzar el éxito, con frecuencia tropezamos con el fracaso; cuando pensábamos merecer el respeto, no pocas veces tuvimos que enfrentarnos con el escándalo.

La vida religiosa, y nuestro Instituto dentro de ella, se encuentran en estos momentos ante una encrucijada. Durante las cinco últimas décadas nos hemos empleado a fondo en la

*En sus brazos o en su corazón*  
H. Seán D. Sammon, SG



tarea de la renovación, tanto a nivel individual como colectivamente. Por diversas razones, no hemos acertado a cumplir esa labor enteramente. Para empezar, admitamos que no hemos tenido tiempo suficiente. La historia de los grandes cambios acaecidos en la vida consagrada, en épocas pasadas, debería habernos enseñado esta lección: cualquier proceso que lleve consigo la muerte de lo viejo para abrir camino a lo nuevo, requiere al menos medio siglo para seguir su curso. Ése es el tiempo que necesita cualquier grupo para “derrumbarse” hasta tal punto que sus miembros comiencen a hacerse las preguntas adecuadas.

## **DERRUMBARSE Y VOLVER A EMPEZAR**

A lo largo de los últimos cincuenta años, más o menos, hemos sido testigos de cambios muy significativos en la vida y misión de nuestro Instituto. Algunos de esos cambios no fueron sino una preparación para lo que aún queda por hacer. En cierto sentido, la experimentación que hace falta para soñar con construir un futuro apenas ha comenzado, conque como para ir pensando en el final.

Ante esta realidad, algunos podemos sentirnos tentados a colgar en la puerta el cartel de “No molesten” y eximirnos del trabajo que nos espera por delante. Nos escudamos en el argumento de que somos demasiados viejos para comenzar de nuevo; o que el número de hermanos jóvenes que tenemos en nuestra Provincia o Distrito ya asegura su futuro; o simplemente damos a entender que estamos cansados y un poco hartos de tanta “idea nueva” sobre la renovación.

Pero la edad, el número de hermanos jóvenes en una unidad administrativa, o la fatiga tras haberlo intentado anteriormente y haber salido decepcionado, no son excusas para exonerarse de una tarea que debemos afrontar todos juntos, y que nos exigirá al menos tanto sacrificio, esfuerzo y oración como en el pasado. No obstante, ahora partimos con cierta ventaja; quizá nos hemos derrumbado ya lo suficiente como para poder prestar atención, esta vez sí, a lo que Dios tiene preparado para nosotros.

De vez en cuando, los hermanos me preguntan sobre el porvenir de nuestra congregación, me dicen a ver si creo que tenemos futuro como grupo, y si es así, cuál sería ese futuro. A mí no me cabe la menor duda de que la misión por la que Dios hizo que surgiera nuestra vida marista, es hoy tan urgente como lo era en el tiempo del fundador. Sigue habiendo muchos niños y jóvenes pobres que necesitan desesperadamente escuchar la *Buena Noticia* de Jesús.

También estoy convencido de que la vida religiosa nació para ser la conciencia y memoria viva de lo que la Iglesia puede y debe ser. Ese papel tiene hoy la misma importancia que siempre ha tenido, o incluso más.

Por último, estoy persuadido de que la vocación de hermano es, en estos momentos, más necesaria que en cualquier época anterior. El poder, la posición y el prestigio no deben entrar jamás en nuestros cálculos; lo único que nos debe preocupar es el anuncio del reino de Dios.

Dejando eso bien claro, también pienso que corremos el riesgo de dejar escapar esta oportunidad, dedicándonos a mantener el *status quo*, continuando con la dirección de las instituciones que tenemos, sin preguntarnos siquiera cuál es el objeto de nuestra presencia en ellas, volviéndonos puros profesionales hasta perder la perspectiva del celo apostólico. Me preocupa que podamos seguir inmersos en una actividad interminable, eludiendo de ese modo plantearnos las grandes cuestiones que afectan en estos tiempos al mundo y a la Iglesia.

Nuestro estilo de vida no nació para ser previsible, equilibrado, convencional. Al contrario, surgió para sacudirnos y estirarnos hasta el límite, para que algunos nos tildaran de locos, para ser una bendición sin medida en nuestros entornos. La vida consagrada sólo tiene sentido si estamos enamorados de Dios, si nos quema el deseo de hablar a todo el que encontremos en el camino, especialmente a los niños y jóvenes pobres, del tesoro que llevamos dentro, como le pasaba a nuestro fundador.

Entonces, ¿qué opciones se nos presentan en las circunstancias actuales? Una: quedarnos sin hacer nada. Quizá ésta pueda parecer la más atractiva para algunos, porque es la



En sus brazos o en su corazón  
H. Seán D. Sammon, SG

menos traumática; pero con ello no hacemos sino aplazar los problemas, contribuyendo de ese modo a que nos espere en el futuro un escenario todavía más complicado.

Dos: aplicar soluciones a medias. Es posible que esto funcione en un primer momento, pero también nos dejará sumidos en el vacío a largo plazo.

Tres: esforzarnos en ser tan atrevidos como lo fue Marcelino en su día. Lo cual significa poner la vida y misión del Instituto, así como la tarea de la renovación, en las manos de nuestra Buena Madre, y luego comprometernos a participar activamente en la aventura que se abra ante nuestros ojos.

Nosotros estamos hoy en el exacto punto del camino en que debemos estar. Nadie dijo que este proceso fuese fácil, y que lograríamos sus objetivos sin tener que pagar un precio. Es necesario que se produzca un cambio de corazón en cada uno, hasta alcanzar a todo el grupo. Esto atañe actualmente tanto a los hermanos como al laicado marista. Debemos trabajar juntos en la promoción y apoyo de las vocaciones de unos y otros, a la vez que compartimos enteramente nuestro carisma, misión y espiritualidad. En muchos casos, ni siquiera disponemos de modelos efectivos para actuar en esa línea. Tendremos que unir nuestras fuerzas para crearlos y desarrollarlos.

## **EL CARÁCTER APOSTÓLICO DE NUESTRO INSTITUTO**

Marcelino tuvo pronto la intuición de cuál habría de ser la identidad de sus hermanos. Serían religiosos apostólicos por naturaleza, que abrazaban un plan de santidad basado en la humildad, obediencia, caridad y celo. Cada una de estas virtudes debía tener un signo marista distintivo. Por ejemplo, la humildad se entendería como abandono filial en María, referido tanto a cada miembro, individualmente, como al propio Instituto que lleva su nombre.

Pero con el paso del tiempo, y por diversos motivos, esta visión original se fue desdibujando. Lo advertimos en la biografía del fundador, escrita por Juan Bautista Furet,

cuando la humildad va quedando reflejada como una virtud autónoma, sin referencia a la Virgen María, en tanto que la presencia de Dios, antes contemplada como una actitud espiritual transversal, se convierte en un ejercicio de devoción. El celo apostólico, que Marcelino consideraba tan esencial para nuestra identidad de hermanos, también se vio desplazado a un lugar secundario.

Aunque estos cambios puedan parecernos irrelevantes, no dejaron de tener trascendencia, ya que contribuyeron a dar a nuestro estilo de vida apostólica un cierto tono monástico. Algo tiene que ver esa historia con las cuestiones que nos planteamos sobre nuestra identidad actualmente. Ahora se nos brinda la oportunidad de redescubrir el sueño que albergaba Marcelino en su corazón originalmente.

¿Y qué es lo que nos hace falta para seguir caminando en estas circunstancias? Capacidad de vivir con la ambigüedad y el conflicto, una piel bastante dura, y mucha resistencia y perseverancia.

## UN RETO FINAL

El hermano Juan Bautista situaba a Marcelino entre los fundadores de las grandes órdenes religiosas. A mí me da la impresión de que él habría preferido verse como un hombre corriente en medio de la gente. Porque eso es lo que era, un hombre bueno y sencillo, enamorado de Dios; un hombre que puso en marcha un movimiento que encierra el potencial de cambiar el mundo, si no en su totalidad, sí en lo que se refiere a los muchachos pobres, que eran los que le preocupaban.

Pero, si no hubiese contado con la ayuda de la Virgen María, Marcelino no habría sido capaz de llevar a cabo lo que hizo. Juntos, formaron una alianza que le dio fuerzas para cautivar los corazones de muchos jóvenes desatendidos de su tiempo, y de los que habrían de venir después. Dios nunca estuvo fuera del centro de su vida. Su forma de oración era la contemplación, en el sentido más auténtico de la palabra.



*En sus brazos o en su corazón*  
H. Seán D. Sammon, SG

Hay muchos que miran con cierta suspicacia esta manera de orar, porque les parece que requiere poco esfuerzo personal. Para que el espíritu de contemplación arraigue y crezca en nuestro interior, basta con que no nos empeñemos en hacerlo todo nosotros al orar, permitiendo que Dios ponga su parte también. La contemplación nos invita a bajar la marcha y adoptar una actitud de escucha, pero por encima de todo, nos reta a dejar que Dios nos mire con amor. Este estilo de oración está hecho a medida para la vida apostólica, el tipo de vida que Marcelino soñó para nosotros.

¿Y qué decimos de la devoción mariana? ¿Cómo encaja en nuestros esquemas de hoy? Una cosa, antes de seguir: más que de devoción mariana yo prefiero hablar de momentos marianos, y con ello me refiero a esos breves espacios, diseminados a lo largo del día, en que recordamos y sentimos, a solas o en grupo, la presencia de María en nuestras vidas.

Cuando estamos metidos de lleno en las tareas apostólicas, no nos cuesta nada rezar una sencilla decena del rosario, deteniéndonos un instante, antes de cada avemaría, para traer a la oración el nombre y las intenciones de nuestros compañeros.

También podemos retomar las directrices del fundador, que exhortaba a los primeros hermanos a rezar los cinco misterios del rosario cada día. De todos modos, él mismo hacía las siguientes puntualizaciones a este respecto: “Si por cualquier imprevisto o por ocupaciones extraordinarias no habéis tenido tiempo de rezarlo completo, rezad dos o tres decenas, y si ni siquiera esto os resulta factible, rezad tres avemarías o, al menos, tomad el rosario y besadlo antes de acostaros”. Él aseguraba a sus hermanos que, si seguían estos consejos, nunca se verían privados de los beneficios de esta oración diaria.<sup>56</sup>

Por último, también podemos tomar una letanía, bien sea de las tradicionales de la Iglesia u otra más actual, y rezar en alto solamente las invocaciones que más nos moti-

---

<sup>56</sup> Ver H. Juan Bautista Furet, *Vida de José Benito Marcelino Champagnat*, Roma, Italia, Casa Generalizia dei Fratelli Maristi, 1989. Edición castellana del Bicentenario, Luis Vives, Zaragoza, España, 1990, p. 351.

van en esas determinadas circunstancias. La duración de los momentos marianos es aleatoria; lo mismo puede ser cuestión de tres o cuatro minutos que llegar a media hora. Utilizadas con alguna frecuencia, estas pausas se convierten en una segunda naturaleza, en fugaces recordatorios cotidianos de la presencia y fuerza que María tiene en nuestras vidas.

## PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

*Las preguntas que vienen a continuación son para ayudarte a reflexionar en torno al mensaje de esta circular.*

1. Si María no ocupa un lugar de privilegio en tu vida, o en la vida de tu comunidad, ¿qué pasos concretos puedes dar para tratar de remediar ambas situaciones? ¿Dónde puedes encontrar apoyo para lo que decidas hacer en ese sentido?

2. María fue la primera discípula de Jesús. ¿Qué significa para ti ser discípulo del Señor? ¿De qué manera te sirve María de referencia para serlo?

## CONCLUSIÓN

---

Cuando se presentó el primer borrador de las cinco llamadas en el XX Capítulo general, enseguida se pudieron apreciar dos omisiones. Ni María ni los pobres aparecían en el texto. Ambas ausencias fueron prontamente subsanadas, pero creo que perdimos una buena ocasión de reflexionar seriamente sobre ello.

¿Cómo vamos a sorprendernos de que estos dos importantes ejes de la vida marista hubieran sido nuevamente pasados por alto, si llevamos peleando con esto desde que terminó el Concilio? Pero ya va siendo hora de que devolvamos ambos a su debido lugar en el Instituto. Si no lo hacemos, la renovación que buscamos será un sueño imposible.

María ha estado con nosotros desde los tiempos de Marcelino. Sin embargo, para que su presencia sea realmente vivificadora, y constituya un motivo de esperanza para nosotros en estos momentos, nuestra respuesta debe consistir en algo más que en unas pocas oraciones recitadas cada día o en un conjunto de prácticas piadosas. Ella tiene que ocupar un espacio preferencial en nuestros corazones.

Marcelino amaba tiernamente a la Virgen; tenía una confianza ciega en ella y se abandonaba a su protección sin vacilar. Nosotros seguiremos sus pasos si somos, como María, verdaderos discípulos de Jesús, portadores de la palabra de Dios a los niños y jóvenes necesitados.

Pidamos hoy que la Madre del Señor sea para nosotros, de nuevo, la misma fuente de fe y esperanza que fue para nuestro querido fundador.

*María, nuestra Buena Madre,  
Recurso Ordinario  
y hermana en la fe,  
tú que cautivaste el corazón  
de Marcelino Champagnat  
hasta transformar su vida,  
haz que también nosotros  
ahora permanezcamos atentos  
a la voluntad de Dios.*

*Amén.*

Con afecto,



Hermano Seán D. Sammon, FMS  
Superior general



*En sus brazos o en su corazón*  
H. Seán D. Sammon, SG



## LETANÍA MARISTA A NUESTRA SEÑORA

---

María, manantial de paz,  
sé tú la fuente de nuestro consuelo.  
Modelo de valentía,  
haz que sigamos tu ejemplo.  
Modelo de discípula que asume los riesgos,  
sé tú nuestra inspiración.  
Modelo de perseverancia,  
danos tu fortaleza.

María, nuestra Buena Madre,  
llévanos a Jesús.  
Mujer llena de piedad,  
enséñanos a ser misericordiosos.  
Mujer llena de fe,  
ayúdanos a creer.  
Mujer de clara visión,  
abre nuestros ojos.

Consoladora de los afligidos,  
danos un corazón compasivo.  
Causa de nuestra alegría,  
condúcenos a la vida.  
Signo de contradicción,  
socórrenos en la incertidumbre.  
Mujer de sabiduría y entendimiento,  
danos el regalo de conocer.

María, Recurso Ordinario,  
protégenos y guíanos.  
Mujer rebosante de esperanza,  
sé para nosotros manantial de vida nueva.  
Primera discípula del Señor,  
muéstranos el camino.  
Compañera de peregrinación,  
ven siempre a nuestro lado.  
Tú que fuiste dócil a la voluntad de Dios,  
danos un corazón abierto  
y disponible como el tuyo.

Amén.



